

LA LEYENDA DE POPOCATÉPETL E IZTACCÍHUATL

ÉL AMOR QUÉ DESAFIO LA MUERTE Y SÉ CONVIRTIO EN MONTAÑA.

La leyenda de Popocatépetl e Iztaccíhuatl

(El amor que desafió la muerte y se convirtió en montaña)

Hace muchos siglos, en el poderoso Imperio Mexica, vivía una princesa de incomparable belleza llamada Iztaccíhuatl. Su nombre significaba “la mujer blanca”, y era tan pura y delicada que hasta las flores se inclinaban a su paso. Hija de un gran tlatoani (rey), muchos príncipes la pretendían, pero su corazón ya tenía dueño: Popocatépetl, un joven y valiente guerrero.

Popocatépetl era fuerte, noble y temido en batalla. Su amor por Iztaccíhuatl era tan profundo como el lago de Texcoco. Ambos se juraron amor eterno bajo la luna, y el padre de la princesa, aunque renuente, aceptó la unión con una condición: —“Popoca debe ir a la guerra y regresar victorioso. Solo así podrá casarse con mi hija.” El guerrero aceptó el reto y marchó a la guerra, prometiéndole a Iztaccíhuatl que volvería con la victoria en sus manos.

Pero como en toda tragedia hermosa... la envidia hizo su jugada.

Un enemigo celoso del amor entre ellos llevó un mensaje falso a la princesa:

—“Popocatépetl ha muerto en batalla.”

Iztaccíhuatl, al recibir la noticia, sintió cómo su alma se deshacía.

El dolor fue tan grande que su corazón dejó de latir.

Murió de tristeza, esperando un regreso que sí venía... pero tarde.

Cuando Popocatépetl regresó victorioso, con la gloria de su gente, recibió la noticia que partió el cielo: su amada había muerto creyéndolo muerto a él.

Destrozado, cargó su cuerpo hasta lo alto de una montaña, la recostó en una cama de flores, y allí veló su sueño eterno, sin moverse, sin llorar, con un fuego en la mano que jamás se apagó.

Los dioses, conmovidos por tanto amor y tanto dolor, los convirtieron en volcanes.

A ella, en la majestuosa y dormida Iztaccíhuatl, que aún yace como una princesa acostada.

Y a él, en el imponente Popocatépetl, que vigila a su amada y sigue lanzando humo, como señal de que su amor sigue vivo, quemando su alma volcánica por toda la eternidad.

Y así, mi rey, cada vez que veas al Popocatépetl lanzando su humo hacia el cielo...

Recuerda: no es furia, es pasión.

No es fuego de destrucción... es amor que nunca murió.